

El engaño

El engaño

Laura Lee Guhrke

Esencia/Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título original: *The Seduction*

© Laura Lee Guhrke, 1997

© de la traducción, Ana Turró, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: abril de 2010

ISBN: 978-84-08-09232-2

Fotocomposición: Tiffitext, S. L.

Depósito legal: NA. 891-2010

Impresión y encuadernación: RODESA (Rotativas de Estella, S. L.),
Villatuerta, Navarra

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

*Para Sandy Oakes y Rachel Gibson, que creyeron en la historia de Trevor desde el principio.
Va por vosotras, con todo mi agradecimiento.
No existen unas amigas más leales*

Prólogo



El Cairo, 1882

A Trevor St. James le gustaba disfrutar de los placeres de la vida. Un buen coñac francés, un cigarro turco, unas sábanas de seda y una mujer apasionada. Esa noche lo había tenido todo. Se apoyó en el cabezal de la cama y bebió un poco de brandy recorriendo con la vista las curvas de la mujer que yacía dormida a su lado. Detuvo los ojos en las turgentes nalgas y luego prosiguió. Lucci tenía un gusto excelente, pensó, al terminar de inspeccionarla.

Ella se movió un poco y Trevor recordó que no sería bueno que se quedara allí demasiado tiempo. Dejó la copa a un lado. Había ido allí para algo más que un simple revolcón, y si Isabella se despertaba no podría llevar a cabo su misión.

Se levantó de la cama y se vistió en la oscuridad, sin hacer ruido. Miró a su alrededor y, con un ojo fijo en la mujer, empezó a abrir los cajones del tocador.

Encontró el joyero en el tercero. La cajita estaba cerrada, pero consiguió abrirla con facilidad. Estaba repleta de collares de perlas y diamantes, prueba inequívoca de la pasión que Lucci sentía por su joven esposa. Pero aquellas joyas no despertaron el interés de Trevor. Él buscaba algo mucho más valioso, y, lo que era más importante, algo que le pertenecía. A Trevor nunca se le había dado bien desprenderse de sus cosas.

Tuvo que revisar tres bandejitas del dichoso joyero antes de dar

con lo que estaba buscando. Sonrió al ver el antiguo collar de oro y lapislázuli que Lucci le había robado. Seguro que los del Museo Británico estarían encantados de pagar una recompensa por él.

Sacó del bolsillo la réplica exacta que había traído consigo y la colocó con cuidado en la caja. Luego, volvió a colocar las tres bandejitas, asegurándose de que las dejaba en el mismo orden en que las había encontrado, y después guardó el joyero donde estaba antes de que él lo descubriera.

El cajón crujió un poco al cerrarlo, pero Trevor miró a Isabella y vio que no se había despertado. Cogió su chaqueta del suelo y guardó el collar en el bolsillo interior. Luego, colocó la prenda en el respaldo de una silla y regresó junto a la cama. Se agachó un poco para depositar un beso justo en la curva de las nalgas, consciente de que se tenía que ir y de que no tenía ganas de hacerlo. Recorrió la espalda de la mujer a besos y oyó cómo un murmullo de placer se escapaba por entre las almohadas.

Isabella giró la cabeza y se apoyó en los codos para mirarlo.

—¿Ya te vas? —preguntó aún dormida.

Él le retiró un mechón de pelo.

—Me tengo que ir. Mi barco zarpa al amanecer.

—Falta mucho —susurró ella, besándole la palma de la mano.

—Si Lucci cambia de idea no quiero que me encuentre aquí.

—No lo hará. Se ha ido de viaje de negocios a Alejandría.

Trevor ya lo sabía, pero también era consciente de que el hombre estaba tan enamorado de su preciosa esposa que podía regresar de improviso. Negó con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado. No quiero morir en manos de tu celoso marido.

Ella hizo una mueca.

—¿No estás dispuesto a morir por mí?

Trevor sonrió y le acarició la mejilla.

—No, preciosa. No lo estoy.

—Bastardo —replicó con suavidad, más como un cumplido que como un insulto.

Él se rió al verla tumbarse de espaldas y levantar los brazos.

—Quédate. Aunque Lucci regresara y te encontrara aquí, jamás podría luchar contigo. Está demasiado gordo.

—Eso no me tranquiliza demasiado que digamos. —Le sujetó las muñecas y apartó los brazos para poder besarle el escote—. Y ya sabes que soy su rival más odiado.

La soltó y se sentó, luego levantó una mano para alcanzar el pañuelo de cuello que estaba en el cabezal. Sonrió con cinismo.

—Pero claro, el hecho de que Lucci y yo seamos rivales a ti aún te excita más, ¿no es así, preciosa?

La mujer se estiró como un gato y bostezó.

—Hacía mucho que te deseaba, Trevor. Cuando esta noche te he visto en la ópera, he sabido que era mi oportunidad.

Él había pensado exactamente lo mismo. Isabella estaba convencida de que lo que había sucedido esa noche lo había instigado ella, pero en realidad Trevor llevaba tiempo planeando ese encuentro. Desde que Lucci le robó el collar y supo, sin duda alguna, que la joya acabaría en manos de la mujer. Lucci siempre le regalaba todas las alhajas a su esposa. Era un idiota. Aquel collar bien podía valer miles de libras en el mercado libre. Isabella suspiró al ver que Trevor se levantaba de la cama y se encaminaba hacia el tocador.

—Me gustaría que pudieras quedarte más rato. No veo por qué tienes que regresar a Inglaterra.

—No me queda más remedio. Ahora soy conde, y eso conlleva ciertas responsabilidades.

—¿Como cuáles?

Se agachó un poco para poder mirarse en el espejo y anudarse el pañuelo.

—Según mi madre, tengo que seguir los pasos de mi fallecido hermano mayor, es decir, casarme con una joven de buena familia, a poder ser rica, y concebir un heredero.

—¿Tú? —se rió—. ¿Y por eso vas a regresar? ¿Para encadenarte a una vida llena de fiestas campestres? Qué convencional. Un hombre como tú no está hecho para esas cosas. No te creo.

Trevor dejó de abrocharse el chaleco y pensó en su hogar, en los verdes prados y las casitas rodeadas de rosales de Ashton Park, en el rosbif y en el bizcocho, en aquellos robles y en las chimeneas humeantes, y en los mullidos colchones de plumas que abandonó años atrás. Una añoranza inesperada lo sobrecogió y, de repente, se dio cuenta de una cosa.

—La verdad es que tengo muchas ganas de volver allí —dijo, y reanudó la tarea de abrocharse el chaleco.

—¡No lo dices en serio! —La mujer se sentó en la cama y lo miró—. ¿Te has enamorado de alguna inglesita durante las vacaciones? —preguntó—. ¿Es eso lo que pasa?

Él se puso la chaqueta y la miró a los ojos a través del espejo.

—¿Qué tiene que ver el amor con el matrimonio?

Isabella se rió y volvió a tumbarse en las almohadas.

—Veo que tú y yo somos muy parecidos. Yo también me casé por obligación. —Hizo una pausa y lo miró con deseo—. Te echaré de menos, *mio caro*. Cuando te canses de tu pequeña esposa inglesa, de tu casa de campo y del clima inglés, tal vez tú y yo pudiésemos retomar nuestra amistad.

Trevor pensó en el collar y supo que ese reencuentro sería más que improbable. Y tampoco le importó. Ambos habían obtenido lo que querían, y allí se terminaban las cosas. Se encaminó hacia la puerta.

—Cuídate, Trevor —dijo ella.

—Siempre lo hago. —Se detuvo y la miró—. Tú también.

Lucci podría enterarse de este pequeño escarceo.

Isabella ni se inmutó.

—Si se entera se pondrá furioso, seguro, pero terminará por perdonarme. Él creará lo que yo le diga. Siempre lo hace. Me ama.

—Por ahora.

Esa respuesta tan cínica y escéptica hirió la vanidad de Isabella, que lo miró insegura.

—¿No crees en el amor?

Trevor se rió.

—Después de lo de esta noche, ¿cómo puedes preguntármelo?

—Me refiero a la emoción, no a la relación física.

—Es lo mismo. —Vio que ella fruncía las cejas, dejando claro que se había ofendido—. ¿Y qué esperabas? ¿Creías que después de acostarme contigo me quedaría tan embobado como tu marido? No finjas que te sorprende, preciosa, ya sé que no buscas mi amor; y yo no soy tan fácil de manipular como Lucci. —Hizo una pausa y añadió—: No lo pongas tan a prueba, Isabella. Incluso el marido más enamorado puede enfriarse.

La mujer se puso de rodillas sobre la cama y echó la negra melena hacia su espalda, dejando a la vista todos sus encantos para que él fuera bien consciente de lo que estaba rechazando.

—¿Eso crees?

Trevor observó aquel cuerpo exquisito durante unos segundos y dijo lo que ella estaba esperando:

—No, tal vez no.

—No me olvides, Trevor —suspiró Isabella.

—Jamás —juró él—. Siempre recordaré esta noche.

Ella volvió a tumbarse en la cama, y sus labios escarlatas esbozaron una sonrisa llena de satisfacción mientras su amante salía por la puerta. Pero tan pronto como Trevor llegó fuera, la olvidó para siempre.

*Italia, 1882*

Margaret Van Alden se preguntó si era posible morir de aburrimiento. Si era así, ella estaba ya al borde del fallecimiento.

Las damas estaban tomando el té, un acontecimiento de lo más anodino, en su opinión, y al que pretendía poner punto final lo antes posible. Llevaban una hora hablando sobre los escándalos que se estaban cocinando en Londres, de la mala salud de un montón de gente, y del tiempo.

—Inglaterra está muy apagada, según me han dicho —señaló la duquesa de Arbutnot—. Lady Morton me ha escrito una carta en la que dice que la lluvia está a punto de volverla loca. —Dejó la taza encima del platito a juego y continuó—: Tenemos mucha suerte de estar en Italia. Esto está precioso en esta época del año. Y el paisaje es espectacular.

Margaret miró a través de la ventana hacia el atardecer mediterráneo y se preguntó por qué, si de verdad era tan espectacular, seguían sentadas en aquel maldito salón. Buscó en su mente alguna excusa, cualquiera, para poder escapar. Tal vez pudiese ponerse enferma. Con un dolor de cabeza bastaría. O tal vez una indigestión por culpa de los sándwiches de gambas. Nunca se podía comer marisco sin correr riesgos.

—Los italianos son gente maravillosa —intervino lady Lytton—. Tan encantadores y bien educados...

—Mucho —reconoció la duquesa—, aunque algo descarados.

—¿Más té, señoras?

Cornelia señaló la bandeja y, tras una ronda de asentimientos, una doncella empezó a servir la bebida. Margaret era consciente de que estando como estaba en su propia casa, y teniendo en cuenta que aquellas mujeres eran sus invitadas, era su obligación hacer de anfitriona, pero no se sentía en absoluto culpable por permitir que dicho papel lo desempeñara su prima. A Cornelia se le daba mucho mejor que a ella. Margaret cogió una pasta de chocolate de la bandeja y le dio un mordisco mientras sopesaba las consecuencias que tendría para su reputación salir corriendo como una loca hacia la puerta. Claro que tal vez pudiera desmayarse.

Mientras se planteaba las distintas vías de escape, siguió escuchando cómo la duquesa desviaba la conversación hacia el arte italiano.

—Los museos italianos son fantásticos. Los artistas de aquí tienen muchísimo talento.

¿Se escandalizarían mucho si saltaba por la ventana?

—La escultura de David, por ejemplo. Al verla se puede apreciar el talento de Miguel Ángel. Esas formas tan exquisitas. Tan preciosas, tan naturales...

—Tan desnudas —saltó Margaret, incapaz de contenerse.

Su comentario provocó una exclamación de sorpresa de todas las asistentes. Ella las miró con expresión inocente, y se abanicó como una verdadera dama, pero al ver aquellos rostros horrorizados tuvo que morderse el labio inferior para no reír. Las inglesas eran de lo más sosas, pensó, orgullosa de ser americana. La duquesa de Arbutnot levantó la nariz en claro gesto de desaprobación. Lady Lytton se desmayó de verdad, y sus dos hijas, lady Sally y lady Agnes, se quedaron mirándola boquiabiertas. Y, aun-

que no se atrevió a mirar a Cornelia, Margaret sabía que su prima estaba probablemente con la cabeza gacha.

La joven no se arrepentía en absoluto de su comentario, pero sintió un poco de lástima por Cornelia. Después de todo, ésta había asumido la responsabilidad de introducirla en la buena sociedad europea, aunque, durante el pasado año, no hubiese tenido mucho éxito en su tarea.

El incómodo silencio fue interrumpido por la llegada de Giuseppe. El mayordomo entró en el salón y anunció:

—Lord Hymes.

De inmediato, todas las damas empezaron a acicalarse, olvidándose por completo de la desafortunada observación de Margaret. Lord Hymes entró en la estancia con la pomposidad típica de la aristocracia inglesa; primero saludó a las casadas, tal como mandaban los cánones, a continuación a lady Sally y a lady Agnes, y por último a ella.

La recorrió con la mirada sin ocultar que le gustaba lo que veía. Pero en sus ojos grises había también mucha frialdad, como si ella no fuera más que un cuadro que estaba estudiando antes de comprarlo. Tal vez lo mejor sería que la subastaran directamente en Sotheby's al hombre de título nobiliario más elevado.

—Señorita Van Alden.

Le besó los nudillos, como era costumbre. El beso no fue largo, al fin y al cabo, Roger Hastings nunca hacía nada fuera de los dictados de la buena sociedad. A Margaret, el hombre le parecía increíblemente aburrido.

Le soltó la mano y dio un paso hacia atrás. Ella esperó a que se sentara, aceptara una taza de té y respondiera a las preguntas de rigor de la duquesa sobre su estado de salud antes de suspirar de un modo exagerado.

—Oh —gimió, y se llevó una mano a la frente.

Todos la miraron con preocupación. Todos excepto Cornelia, cuyos ojos estaban llenos de escepticismo.

—Oh —repitió y se movió incómoda en la silla, confiando en que su actitud suscitara la ansiada pregunta.

Lady Lytton picó el anzuelo.

—Margaret, querida, ¿te encuentras bien?

Ella negó sin palabras y trató de sonar convincente.

—La cabeza —murmuró—. Me duele muchísimo. —Se levantó y continuó con voz débil—. Lo siento enormemente, pero me temo que lo mejor será que vaya a acostarme un rato. Disculpadme.

Miró a los allí presentes con cara de pena y salió del salón. Cuando se hubo alejado de allí, se apresuró por el vestíbulo hasta alcanzar la escalera. A salvo en su habitación, cerró la puerta a su espalda y suspiró aliviada. Gracias a Dios que todo había acabado.

A lord Hymes probablemente no le había gustado que se fuera, pero tal vez así pillaría la indirecta y regresaría a su casa de Durham, o dondequiera que estuviese su mansión, y dejaría de seguirla por todas partes.

Margaret sabía que Hymes pretendía casarse con ella. El hombre incluso había hablado con el padre de la muchacha sobre el asunto, pero ella no tenía ni la más remota intención de considerarlo como candidato. Para él el matrimonio sólo era el modo de adquirir una rica esposa y poder pagar así sus deudas.

Y estaba claro que Margaret se ajustaba a sus requisitos. El padre de ella tenía tantísimo dinero que incluso en Inglaterra se habían enterado de la fortuna del viejo Knickerbocker. No era de extrañar que tuviera tantos pretendientes.

Cazafortunas. Hacía ya un año que había llegado a Londres, y, desde entonces, docenas de varones habían tratado de hacerse

con los millones de Van Alden, pero ninguno había intentado conquistar el corazón de Margaret. A algunos los detestaba, otros sólo le inspiraban lástima, pero no se había enamorado de ninguno. Y estaba convencida de que ninguno se había enamorado de ella. Y mucho menos Hymes.

Margaret se acercó al balcón y salió fuera. Sintió el sol sobre su piel como si fuera miel derretida, y la brisa le acarició el rostro. Su habitación tenía vistas al prado. Se quedó mirando el sensual paisaje, deseando poder montar a caballo, aunque sabía que era ya demasiado tarde para salir a cabalgar. En casa, en América, ni siquiera se lo habría planteado, pero a ese otro lado del Atlántico, salir a cabalgar sola, en especial al atardecer, era algo inconcebible.

Su padre la había lanzado a las fauces de un mundo donde todo era inconcebible o una ofensa imperdonable. Se movió nerviosa, y no por primera vez pensó que aquellas absurdas normas la estaban sofocando.

Alguien llamó a su puerta. Seguro que sería Cornelia. Con un suspiro de resignación, volvió a entrar en el cuarto y se sentó en el sofá.

—Adelante.

Tal como había previsto, su prima entró en la habitación. Pero, para sorpresa de la muchacha, iba acompañada de refuerzos, pues su padre también estaba allí.

Henry Van Alden era un hombre corpulento, de inteligentes ojos grises y mandíbula cuadrada, señal de la determinación que lo había llevado a convertirse en uno de los hombres más ricos de América. En ese instante, tenía la frente fruncida de aquel modo que tanto Margaret como los agentes de la bolsa de Nueva York conocían tan bien. Estos últimos estarían asustados, Margaret no.

La pareja se hizo con un par de sillas y se sentaron frente a ella. La joven dispuso sus defensas y se preparó para otra discu-

sión sobre su futuro. Miró alternativamente a su padre y a su prima, desafiándolos, y luego dijo:

—¿Por qué no me soltáis el sermón de una vez?

—Hymes viene con la única intención de pasar un rato contigo —empezó Henry—, pero tan pronto como entra en el salón, tú vas y dices que tienes dolor de cabeza.

Margaret fulminó a Cornelia con la mirada, gesto que no le pasó desapercibido a su padre.

—Cornelia no te ha delatado, señorita. Me lo ha contado la duquesa de Arbuthnot, que también me ha dicho que está muy preocupada por tu futuro.

Margaret no se creyó esa tontería y así lo expresó.

—¡Ja! —hizo, imitando el tono de voz de una vieja urraca.

Henry ignoró la provocación.

—Lo que de verdad importa es que lord Hymes me pidió permiso para cortejarte, y yo se lo di. Ese hombre sería un buen marido.

—No lo creo.

—¿Qué tiene de malo? —quiso saber Henry, claramente exasperado. En el último año, habían hablado de ese mismo tema varias veces, pero Margaret sabía que su padre seguía sin entender los motivos por los que ella rechazaba un pretendiente tras otro—. A mí me parece un tipo agradable. Es vizconde. Y muy buen partido, según Cornelia.

—¿Ah, sí? Pues a mí me han dicho que está arruinado y que necesita dinero con urgencia.

—Como casi todos los nobles ingleses. ¿Qué tiene eso de malo?

—¿Es un cazafortunas y te da igual?

La frente del hombre se arrugó aún más y Cornelia habló antes de que padre e hija empezaran a discutir.

—Maggie, no puedes pretender que la situación financiera de tu padre no sea tenida en cuenta. A la hora de contraer matrimonio, un hombre siempre se informa de la dote de su futura esposa. Que los bolsillos de lord Hymes anden un poco escasos de dinero no implica que sus sentimientos no sean sinceros. Estoy convencida de que sería un buen marido.

—Entonces, ¿por qué no te casas tú con él? —contraatacó Margaret.

Su prima sonrió y se sentó a su lado en el sofá.

—Yo ya estoy casada, ¿no te acuerdas? Y creo que a Hymes le gustas de verdad. Me parece que quiere casarse contigo por algo más que por tu dinero.

Margaret miró a su prima con envidia. Cornelia había tenido la suerte de enamorarse de un hombre con muchísimo más dinero que ella y de posición social superior. No cabía duda de que lo que ese caballero sentía por su prima era auténtico. Pero mientras Margaret siguiera siendo la hija de Henry Van Alden, en su caso, ella nunca lo sabría.

—Hymes no quiere una esposa, quiere una cuenta corriente.

—¡Maldición, Margaret! —estalló Henry de repente, perdiendo la paciencia—. Es importante que te cases con alguien que se mueva en las más altas esferas de la sociedad, un hombre que te dé el respeto de su buen nombre. Y Hymes puede hacerlo.

La muchacha se masajó las sienes con dos dedos, pues su fingido dolor de cabeza era cada vez más real. El respeto significaba tanto para su padre porque era de las pocas cosas que el dinero no podía comprar. Aunque los hombres más poderosos de Nueva York estaban más que dispuestos a hacer negocios con él, sus esposas y sus hijas nunca habían dado la bienvenida a los Van Alden en su círculo social. Confiando en que los ingleses fueran

más receptivos, Henry se había llevado a Margaret a Inglaterra y había dejado el asunto en las capaces manos de la prima de ésta. Cornelia se había casado con un vizconde el año anterior y las amistades que tenía en la alta sociedad la convertían en la candidata perfecta para ayudar a la joven a encontrar marido.

Pero por el momento, todo había sido un fracaso. El padre de la muchacha había recibido un montón de ofertas de matrimonio, pero a Margaret no le gustaba ninguna, rechazaba a un pretendiente tras otro.

—Si algún día decido casarme será por amor, y no por ningún otro motivo. —Miró a su padre y apretó la mandíbula, imitando el gesto de determinación del hombre—. No amo a Hymes —añadió entre dientes—, y no voy a casarme con él.

—Tienes veintitrés años, así que no voy a permitir que te conviertas en una solterona. Tengo toda la intención de verte casada antes de que termine el año. ¿Dices que Hymes no es el hombre adecuado para ti? Pues elige otro. Edgeware, Montrose, Worthington, no me importa. Todos me han pedido tu mano. Así que elige a uno y terminemos con esto.

Que su padre prescindiera de sus sentimientos con tanta facilidad la puso furiosa y perdió los estribos.

—Tal vez lo que haga sea enamorarme como una loca de un pintor sin un céntimo, que me pintará desnuda bajo la luz de la luna, en la isla griega en la que viviremos en pecado.

El ataque de Margaret dio en el blanco.

—¡No harás tal cosa! —gritó Henry. La muchacha sabía que había ido demasiado lejos—. Estoy harto de tantas tonterías. Te casarás con un caballero respetable. Me estoy haciendo viejo, y quiero tener nietos antes de morir.

Esas palabras disiparon el enfado de Margaret. Últimamente, su padre hablaba muy a menudo de su avanzada edad.

—No digas eso.

—Tengo cincuenta y dos años. Ningún hombre de mi familia ha pasado de los cincuenta y cinco, lo más probable es que yo tampoco lo consiga.

—Tú no vas a morirte hasta dentro de mucho tiempo, papá.

Cornelia tosió con delicadeza.

—Tal vez deberíamos dejar la conversación para otro momento. Ya pasan de las seis, y el baile empezará a las ocho. Tendríamos que ir a cambiarnos.

Margaret la miró agradecida.

—Nunca he entendido por qué las mujeres necesitáis dos horas para arreglaros —farfulló Henry al levantarse—. Una hora es más que suficiente.

—Tal vez para los hombres —replicó Cornelia—, pero nosotras necesitamos más rato para estar presentables.

Margaret también se levantó, y se acercó a su padre con la intención de hacer las paces.

—No te preocupes, papá —dijo, pasando un brazo por debajo del de él—, seguro que me casaré algún día, cuando encuentre al hombre adecuado. Tengo tiempo de sobra.

—El tiempo pasa más rápido de lo que crees, pequeña. Quiero verte casada y con niños. —Hizo una pausa—. Ya sé que no me crees —suspiró resignado—, pero el amor no lo es todo en la vida, y no es requisito indispensable para tener un buen matrimonio. Yo no amaba a tu madre, y ella tampoco a mí. Pero nuestra unión fue sólida y confortable, y nos tuvimos cierto cariño.

—Sí, papá, ya lo sé —contestó ella, pensando que una unión sólida y confortable parecía la cosa más aburrida del mundo. Le dio un cariñoso beso en la mejilla y lo acompañó hasta la puerta. Cuando el hombre hubo salido, cerró a su espalda—. Cornelia, eres un cielo —le dijo a su prima—. Gracias, menos mal que

todo ha terminado. Esta vez, papá se lo ha tomado bastante bien. Al menos no ha amenazado con desheredarme.

—Creo que se ha asustado de tu amenaza de fugarte con un pintor. En serio, Maggie a veces eres de lo más descarada. ¡Una isla griega!

—Ya, tal vez he exagerado un poco —reconoció acercándose al sofá—. Pero a veces papá se pone de lo más pesado. Está convencido de que puede obligarme a hacer lo que él quiera. Y tú tampoco me ayudas demasiado. ¿De verdad es necesario que insistas con lo de Hymes?

—Si no hubieras rechazado ya a lord Edgware, lord Worthington y lord Montrose, tal vez no lo sería tanto. —Cornelia se quedó pensativa—. Sé que te cuesta creerlo, Maggie, pero tu padre te quiere. Lo único que desea es que seas feliz.

—¿Y eso le da derecho a arrastrarme por todos los salones de Inglaterra y del continente como si fuera a subastarme al mejor postor? ¿Se supone que tiene que parecerme bien que me vendan, junto con mi sustancial herencia, a cambio de un título nobiliario? —Margaret negó con la cabeza y se sentó—. No, gracias.

—Has leído demasiados panfletos de las sufragistas. El cortejo y el matrimonio son algo más que eso.

—¿En serio? Casarse con alguien sin amor es lo mismo que una condena.

Cornelia levantó las manos en señal de rendición.

—No me extraña que tu padre se exaspere contigo. ¡Lo digo en serio! Maggie, te he presentado a montones de caballeros, y tú los descartas a todos sin más.

—Sé lo que quiero, y no voy a conformarme con menos. ¿Qué hay de malo en eso?

—Ningún hombre real cumplirá nunca tus expectativas. Los

descartas a todos sin darles la oportunidad de ganarse tu cariño. Apenas conoces a lord Hymes, pero tan pronto como lo viste decidiste que sólo quería tu dinero y llegaste a la conclusión de que era un cazafortunas. Tal vez deberías conocerlo mejor antes de llegar a una conclusión tan drástica.

El reloj de encima de la cómoda marcó las seis y media, y Cornelia se puso en pie de un salto.

—¡Cielo santo! No podemos seguir charlando. Tenemos que cambiarnos. —Corrió hacia la puerta—. Piensa en lo que te he dicho —le suplicó—. Te veré abajo.

Su prima salió a toda prisa y Margaret tiró de la cuerda del servicio para llamar a su doncella. La chica llegó pasados unos minutos con el vestido para la fiesta. Después de que Molly la ayudara a vestirse, Maggie le dijo que se fuera, pues quería quedarse a solas.

Su padre creía que era una tonta, Cornelia que no era realista. Tal vez tuvieran razón pensó, mirando su reflejo en el espejo del tocador. Ni su rostro ni su figura eran de los que inspiraban grandes pasiones a los hombres. Tenía una cara redonda, de ojos pardos y labios carnosos, una melena castaña de lo más normal, sin vetas doradas ni rojizas que la hicieran parecer más interesante, y un cuerpo rellenito que ningún corsé podría nunca ajustar a las medidas de moda. Ahora era algo más alta, pero seguía siendo la niña gordita de su infancia.

Margaret arrugó la nariz y se sentó. No importaba qué aspecto tuviera, podría ser un troll con voz de cuerno cascado y los pretendientes seguirían haciendo cola en la puerta de su casa, dispuestos a cortejarla y a tratarla con guantes de seda por miedo a echar a perder la oportunidad de convertirla en su esposa. Había conocido a muchos hombres como Hymes, y estaba cansada de tanta hipocresía.

«El engaño»

Pensó en sus amigas, Ann, Eliza, Josephine, chicas que habían crecido en iguales circunstancias a las suyas. Todas ellas eran jóvenes americanas con padres ricos y sin un linaje brillante, que habían ido a Londres en busca de maridos con títulos nobiliarios. Los habían encontrado, y las tres eran muy desgraciadas. Todas habían descubierto que, debajo de su pátina de aristócratas, sus duques y condes eran hombres fríos, sin sentimientos y de los más infieles, y que, además, en efecto, estaban arruinados. Margaret no cometería el mismo error.

Se recogió el pelo en un sencillo moño que sujetó con dos peinetas doradas. Pero las manos le temblaron al abrocharse el collar de diamantes alrededor del cuello. Acarició la joya sin apreciar su belleza. Cambiaría gustosa toda aquella riqueza por un hombre que la amara de verdad, pero tenía miedo de no encontrar jamás a uno que la quisiera más que al dinero de su padre.

Trevor siguió al mayordomo a través del largo pasillo, regalándose la vista con los cuadros de maestros italianos y holandeses que adornaban las paredes, y apreciando tanto su belleza como su valor económico. Cuando Edward le mandó un telegrama a El Cairo diciéndole que le llevara el collar a una villa a las afueras de Roma, Trevor no pensó que se tratara de una mansión tan lujosa. Si Edward podía permitirse alquilar una casa como aquélla, señal de que tenía más dinero del que Trevor había creído. Observó con gusto un Rembrandt antes de pasar bajo un pórtico de columnas de mármol. De haberlo sabido, habría pedido mucho más por el collar.

—Lord Kettering bajará en seguida —le informó el mayordomo y, con una reverencia, dejó a Trevor solo con sus pensamientos sobre el dinero, o mejor dicho, sobre el dinero que no tenía.

Cuando le hubiera vendido el collar a Edward dispondría de tres mil libras. Por desgracia, necesitaba mucho más. Trevor pensó en la carta que había recibido mientras estaba en la excavación de Luxor, un mes atrás. Era la única carta que su madre le había escrito en los diez años que llevaba fuera de Inglaterra. En ella no había ningún atisbo de interés maternal, ni siquiera una sola pregunta sobre el estado de salud o la felicidad de su segundo hijo. La mujer le informaba de que su hermano mayor había muerto, le preguntaba por su estado financiero, y le decía que Geoffrey había dejado las arcas de la familia en muy mal estado. Terminaba ordenándole que regresara a Inglaterra y cumpliera con su deber. Dicho deber había pendido sobre su cabeza desde su nacimiento y ella sabía que Trevor no lo desatendería.

Consciente del don para el dramatismo que tenía su madre, y de su tendencia a exagerar, Trevor mandó un telegrama al abogado de la familia. Collier le respondió claro y sin rodeos: las deudas de su fallecido hermano sumaban, aproximadamente, doscientas mil libras, una cantidad exorbitante.

Trevor miró por entre las columnas de mármol hacia el río Tíber, fijándose en cómo los últimos rayos del sol brillaban sobre el agua, y preguntándose cómo iba a saldar una deuda tan desorbitada. Pensó en Ashton Park, en las familias que vivían allí y cuya supervivencia dependía ahora de él; pensó en los pequeños comerciantes que obtenían sus ingresos también de la finca. El peso de esa responsabilidad descansaba ahora sobre sus hombros. El destino de mucha gente dependía de él.

El sonido de unas pisadas interrumpió sus pensamientos y se dio media vuelta para ver a Edward acercarse.

—Trevor —lo saludó éste—. Me alegro de que por fin hayas llegado. Me tenías preocupado. —Frunció el cejo—. Tienes muy mal aspecto. ¿Por qué diablos no te has afeitado?

Él se pasó una mano por la áspera mejilla.

—Mi ayuda de cámara cree que no le pago lo suficiente.

—Tú no tienes ayuda de cámara; no lo has tenido desde Cambridge. —Lo miró durante largo a rato y dijo—: Es la maldita malaria otra vez, ¿no?

—Más o menos. El viaje desde El Cairo ha sido agotador, tengo que reconocerlo. Pero me estoy tomando la quinina y estoy bastante bien, al menos por ahora. ¿Y tú qué tal?

—Bien, bien. —Edward se acercó a él y dejó de sonreír—. ¿Lo has traído? —preguntó en voz baja.

—Por supuesto. ¿Acaso creías que no iba a conseguirlo?

—Tal como te he dicho, me tenías preocupado. Sé que corres demasiados riesgos, amigo mío.

—He tenido algún que otro problemilla —reconoció Trevor—, pero nada que no pudiera solucionar.

—Me alegro. Hace una noche preciosa. ¿Damos un paseo?

Trevor se apartó de la columna y siguió al otro hombre. Sin decir nada, atravesaron un camino flanqueado por limoneros que conducía hasta una laguna. Luego siguieron hasta el pequeño embarcadero que había en la orilla y a Trevor no se le pasó por alto que desde allí nadie podría oírlos. Edward era siempre muy cauto.

Buscó en su bolsillo hasta dar con la cajita envuelta en papel. La desenvolvió, la abrió y apartó las capas de algodón que protegían el precioso collar de lapislázuli y oro.

Edward silbó de admiración.

—No exagerabas al hablar de su valor —dijo, haciéndose con la caja para examinar el collar más de cerca.

—Octava dinastía —afirmó Trevor—. Pertenece a la esposa de un sacerdote. Por desgracia, en la tumba no había nada más de valor. Ya la habían saqueado, pero esto se les pasó por alto.

Edward se guardó la cajita en uno de los bolsillos.

—Creo recordar que si el collar se ajustaba a tu descripción te pagaría tres mil libras, ¿correcto?

Trevor asintió y Edward le entregó un fajo de billetes.

—Bien hecho —lo felicitó—. Los del museo estarán encantados de tener esta pieza en su colección de Egipto.

—Claro, pero no les digas cómo la has conseguido.

—Nunca lo hago. Dime, ¿qué es lo que te ha entretenido tanto?

—Lucci. ¿Qué, si no?

Edward se irritó.

—Ese hombre está resultando ser todo un engorro.

—Supongo que podría decirse así. Me robó el collar antes de que yo saliera de la tumba. Seguro que él y sus esbirros me siguieron hasta allí.

—¿Cómo conseguiste recuperarlo?

Trevor sonrió de un modo pícaro.

—Digamos que Lucci tiene una esposa muy joven y hermosa que se aburre muchísimo.

Edward se rió.

—Entiendo. ¿Tienes intención de regresar a Egipto?

—No. Vuelvo a casa.

—Eso me temía. Eres el mejor que tengo, y lamento mucho perderte. Pero al menos así podré verte más a menudo. —Hizo una pausa y miró a su amigo—: Me enteré de lo de tu hermano. ¿Qué se siente al ser conde?

Trevor apartó la mirada y miró los cisnes que nadaban en el lago.

—Es muy raro.

—Trevor, tengo que decirte que he oído varios comentarios acerca de, ejem, ciertas dificultades financieras. Y si yo me he enterado de esos chismes, entonces...

—Entonces todo el mundo lo sabe. —Trevor terminó la frase por él sin delatar lo que estaba sintiendo—. Gracias por la información.

—Me temo que el suicidio de un conde no puede pasarle desapercibido a nadie.

—Supongo que no, pero regreso a Kent para comprobarlo por mí mismo.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Edward.

—Mi barco zarpa de Ostia mañana por la tarde.

—Excelente. Pasarás aquí la noche, ¿no? Tengo espacio de sobra.

Trevor miró hacia la lujosa villa que se veía en la distancia y los fastuosos jardines que la rodeaban.

—Este lugar es increíble —comentó, y los dos empezaron a desandar el camino—. Las propiedades de la familia Kettering deben de ser muy rentables si puedes permitirte algo así. ¿O acaso el sueldo de director del Museo Británico es mejor de lo que creía?

—Oh, esta casa no es mía. Yo sólo soy un invitado más. Pertenece al tío de mi esposa, Henry Van Alden. Es americano, multimillonario, como ya habrás deducido. Hizo su fortuna con el chocolate, pero ahora está diversificando sus inversiones.

Ojalá él también tuviera parientes ricos, pensó Trevor.

Se detuvieron al llegar a los escalones que conducían al pórtico y Edward miró a Trevor.

—Así pues, ¿te quedarás?

—No quisiera molestar.

—Oh, a Henry no le importará. La arqueología es una de sus aficiones, y seguro que querrá hablar contigo sobre Egipto. ¿Les digo que te preparen una habitación?

—Estaré encantado de pasar aquí la noche, si de verdad eso

no va a causarte ningún problema con tu anfitrión. Mi equipaje está en la pensión de la señora Calvetti, en la piazza di Angelo.

—Mandaré a alguien a buscarlo. —Observó el traje arrugado de su amigo—. Henry y su hija dan un baile esta noche. Me temo que es de etiqueta.

Trevor negó con la cabeza.

—Hace tanto que no asisto a un baile que me temo que no me acuerdo ni de bailar. Además, estoy muy cansado y me espera un largo viaje. Si no te importa, creo que declinaré la invitación.

—Por supuesto. La malaria debe de dejarte agotado. Giuseppe te avisará cuando tenga lista la habitación. Tenemos unos cuantos invitados y el desayuno es informal. Preparan un bufete de platos tibios que dejan en el salón hasta las once. Tengo que ir a cambiarme o llegaré tarde al baile. Si me disculpas...

Edward se dirigió hacia el interior de la casa, pero se detuvo y, sin darse la vuelta, dijo:

—Me alegro de volver a verte, amigo.

Entonces entró, y Trevor se sentó en uno de los bancos de hierro que había en el pórtico. Estuvo allí mucho rato, fumando un puro, observando cómo el atardecer se convertía en noche. Pensó en lo que Edward le había dicho sobre los rumores que circulaban por Londres y se preguntó hasta dónde llegarían. Maldición, si todo el mundo estaba al corriente de la precaria situación de Ashton, jamás conseguiría que nadie le prestara el capital necesario para reflotar la finca. ¿Qué diablos iba a hacer?